entendido en escultura, en pintura, en arquitectura, en poesía y en música. Tan pronto hablaba en griego como en latín helenizado, y bajo el dombo de un cielo tranquilo, en sus caminatas vesperales, dialogaba sin afán y sabiamente con el corro de los funcionarios, filósofos, versificadores, matemáticos, juristas, militares, retóricos y naturalistas. Se entendía también con los astrólogos, oía las adulaciones de sus cortesanos y parásitos y siempre salía de sus labios una frase feliz, un comentario definitivo, la observación sagaz que por igual satisfacía a todos los componentes de sociedad tan disímil y heterogénea. Este fué Adriano, de alcurnia espiritual no inferior a la del emperador y filósofo Marco Aurelio. Adriano, ya próximo a morir, compuso aquella estrofa eterna, en que tan sentidamente se dirige a su alma: "Anima, vágula, blándula..."

Y otras cosas quisiéramos escribir al margen del libro *Selección de escritos*, del académico doctor García, pero nos lo impiden las circunstancias restringentes del espacio y del tiempo. Es la obra, en todo caso, de aquellas que redimen la inteligencia colombiana, y su lectura a la vez nos proporciona conocimientos y deleite.

ABEL GARCÍA VALENCIA,
Medellín, Colombia.

MAX DICKMANN, *Los frutos amargos*.—Buenos Aires, Editorial "Claridad", 1942.

En las circunstancias actuales, en que la tragedia humana se siente en todos los sitios y bajo todos los cielos, y en que la necesidad de analizar los problemas fundamentales es evidente y enorme, el libro *Los frutos amargos*, de Max Dickmann, viene a decirnos con encomiable claridad dónde están algunos puntos oscuros de nuestra situación y cómo es preciso disiparlos a fuerza de rectitud y de amor. Su novela es el cuadro real de un aspecto de la actualidad argentina, creado por efecto del prejuicio racial del extranjero rígido en nuestro medio. Refiérese a ese tipo de extranjero que viene a no convivir, reacio a avalorar la belleza escondida en la forma y en el fondo de las cosas nacionales; que constantemente opone una mentalidad opaca, una mirada oblicua, un corazón insignificante, y pretende nada menos que arrasar la modalidad de la gente, la generosidad y el saber natural de un pueblo que se siente fuerte a pesar de sus perentorias debilidades. Trátase del extranjero perteneciente a esa clase que experimenta un desarrollo espiritual indigente y no sabe ir en busca sino de valores a la postre inconsistentes y que, venido acá, sólo tiende hilos bajos, a ras de tierra, matemáticamente tramados, pero siempre a merced del vendaval impulsado por el destino. Es el individuo tieso, sin normas armoniosas, carente de amor a la tierra (a la tierra total sin fronteras que embellece

el ánimo y da crecimiento al espíritu), ambicioso desmedido por los frutos materiales.

Mas ahora sábase ya que el que no convive, prepara su propio fracaso, se desintegra y se aleja del núcleo humano que hay en todo lugar, retrocediendo a grados anteriores de la vida. Consecuencia lógica, ya que es imprescindible poner el alma propia en contacto con el alma de las cosas. Es ésta la única relación inmutable. Las relaciones materiales del mundo se establecen en virtud de la necesidad que sentimos de poner en juego nuestras fuerzas internas. Pero ellas no son más que un medio. Cuando son solamente un fin, se desemboca en el conflicto. No estamos hechos para encadenarnos. Marchamos en el sentido de la libertad. Es necesario que el hombre deje de sentirse extraño en otros sitios separado del prójimo y por encima de él, y que intensifique la hermosa tarea de relacionar su acción externa con su gran intimidad.

Los frutos amargos colocan al lector frente a un cúmulo de contingencias reales, propias de nuestro ambiente. Max Dickmann expone y fustiga y da la clave de la autenticidad alcanzada con la rectitud proveniente del fondo inequívoco del hombre orientado. Dickmann realiza el propósito de dejar en claro el alma de sus personajes, allí donde ellos estén y cualquiera sea el motivo que los haga hablar. Actúan sin rubor delante de nuestros ojos, con el reflejo exacto de su individualidad, tal como la misma vida los ha ido modelando y marcando. No son una invención; son criaturas investigadas a lo hondo por el ojo sereno del novelista. La imaginación de Dickmann entra en juego más bien en cuanto a la factura de su novela, al enlazamiento de sus puntos fundamentales, que hacen que el lector entre en actividad humana hacia el sentir nacional.

Los frutos amargos están compuestos de cuatro únicos y grandes capítulos, que alcanzan a ser cuatro excelentes trazos de vida. El autor enfoca a sus dos principales seres de manera aparentemente separada, dedicando dos capítulos a cada uno, alternativamente. Puede explicarse esta modalidad por el hecho de que ellos, aun cuando se encuentran alguna vez, toman caminos distintos. Empero, no escapa a la perspicacia del lector que un vínculo latente, inadvertido, sigue uniéndolos a través de todas las distancias y vicisitudes. Puede no mencionarse a Ana o a Reca durante un capítulo entero, mas eso no implica que el personaje desaparezca de la vista del lector, ya que se le sigue percibiendo en perspectiva, al fondo del cuadro. Ha quedado en suspenso su acción: sin embargo, su presencia es constante. Todo lo cual permite seguir paralelamente el desarrollo de existencias, separadas por derroteros aun inconciliables. Es demasiado grande la maraña que los entorpece. Y demasiado diferentes los motivos que al comienzo desvían sus líneas. Mas téngase presente que son ellos mismos los que se desenmarañan y encaminan. Es invisible la mano del autor. Este los pone en escena y ellos hacen el juego que les corresponde. Tienen un movimiento natural, propio, que va dejándoles transparente la figura. No hay nada

convencional. Dickmann es sobrio y certero. Procede con rectitud y sin ambages. La gente de su novela actúa suelta, independiente. Por momentos parece exagerado su personaje anglosajón. Quizá lo sea. Pero es necesario convenir en que es un símbolo, un prototipo. Es el que reúne todas las características de un determinado grupo extraño dentro del engranaje argentino, grupo que actúa y se desarrolla rígidamente, con un mecanismo seco y limitado, que obstruye, a sabiendas o no, la corriente sencilla de estas latitudes. Es la personificación de un enorme prejuicio racial puesto en evidencia frente a seres que manifiestan un estado de pureza no obstante hallarse ante un sinnúmero de impedimentos creados por la fuerza de la ambición material y del desprecio.

Max Dickmann tiene en su haber gran sencillez de expresión, lo cual hace que su estilo aparezca siempre claro y preciso, carente de giros superfluos y pleno de intención a cada instante. Suele ser minucioso. En su narración caben todos los detalles, todos los momentos, aun aquellos que suman una vulgaridad. Ello es privativo del autor. Su propósito es dar el personaje entero, por dentro y por fuera, con sus bellezas y fealdades. Refleja abrumadoramente la materialidad de las gentes que rodean a los tipos centrales de la novela, al tiempo que denota con justeza el plano moral del ambiente, haciendo resaltar así el temperamento puro de sus héroes, quienes van adquiriendo un moldeamiento íntegro en medio de una tonalidad general confusa. Su novela está exenta casi de *romance* amoroso. Este se insinúa apenas. Son eslabones de amor espiritual que se crean. De un elevado romanticismo individual —contenido por imposición de circunstancias penosas—, los protagonistas se acercan indefectiblemente y únense luego en virtud de un idealismo puro, y en pro del perfeccionamiento humano, sobre ese mismo sitio que el destino les señala, enfrentando la intromisión corrupta de elementos inadaptados. Demuestra esta novela de Dickmann en forma harto clara, y ése es su valor primordial, cómo esta tierra ejerce un poderoso influjo sobre el noble temperamento de los que la ven y la sienten, sobre el espíritu de aquellos que son auténticamente generosos y abiertos a la beneficencia profunda de la naturaleza, e intuyen las características simples y sutiles del lugar. Atestigua el autor de *Los frutos amargos* que hay en los nacidos aquí una capacidad innata para amar al prójimo sin distinciones convencionales, movidos por íntima inclinación a establecer una unidad espiritual, por encima de los males propios y extraños que atraviesan la vida nacional.

ANTONIO GULLO,
Buenos Aires.